

se divisaron á la otra orilla. Heridos y pobres mujeres tendían los brazos á sus compatriotas, que se iban, forzados á abandonarles á pesar suyo. Unos se arrojaban al agua, otros se lanzaban á las llamas del puente, cada cual en fin tentaba un esfuerzo supremo, para librarse de un cautiverio, que equivalía á la muerte. Pero, presentándose los cosacos al galope y metiendo sus lanzas por medio de aquella muchedumbre, de pronto mataron á algunos infelices, cogieron á los otros y los empujaron como un rebaño hacia el ejército ruso y se echaron sobre el botín de seguida. No se sabe si fueron seis, siete ú ocho mil individuos, hombres, mujeres, niños, militares ó fugitivos, cantineros ó soldados del ejército, los que de este modo quedaron en manos de los rusos.

De este espectáculo retiróse el ejército profundamente afectado, y nadie más entre todos que el generoso é intrépido Eblé, quien, dedicándose á la salvación común, figuraba como libertador de cuantos no habían perecido ó depuesto las armas. De más de cincuenta mil individuos que, armados ó desarmados, pasaron el Berezina, ni uno solo hubo que no debiera la vida ó la libertad á él ó á sus pontoneros. Pero la mayor parte de los pontoneros que trabajaban dentro del agua había ya pagado este gran servicio, ó lo iba á pagar con su existencia, y el mismo general Eblé contrajo una enfermedad mortal, á la cual debía sucumbir muy pronto.

Tal fué este inmortal suceso del Berezina, uno de los más trágicos de la historia. Espantados del nombre de Napoleón los rusos, vacilando en obstruirle el camino, y no queriéndolo intentar sino en masa, le proporcionaron así tiempo de hallar un paso, de echar allí puentes, y de cruzarlo. A la milagrosa casualidad de la llegada del general Corbineau, á la sagacidad y al valor de éste, á la noble adhesión de Eblé, á la resistencia desesperada de Víctor y de sus soldados, á la energía de Oudinot, de Legrand, de Maisón, de Zayonchek, de Doumerc, de Ney, y por último á su discernimiento recto y profundo, debió Napoleón el librarse por medio de una escena sangrienta del más humillante y contundente descalabro. Este trágico fin coronaba dignamente tan terrible campaña, y desgraciado Napoleón por su culpa, aún se mostraba grande. Gracias debía, pues, dar á todos, porque este día, más que en los de sus brillantes victorias, estaba obligado á sus generales, á sus soldados y hasta á sus aliados. Con todo, después de felicitar á Víctor la noche del 28 por los prodigios ejecutados durante el día, cuando el 29 conoció el desastre de la división de Partouneaux, abrumóle con sangrientas convenciones, volvió á lo pasado, al tiempo perdido á lo largo del Oula, y pagó con severidad excesiva el mayor servicio que Víctor le había prestado nunca. Sin embargo, si la desgracia de Partouneaux debía recaer sobre alguno, tanto era suya la culpa lo menos como la del mariscal Víctor, pues quiso prolongar la falsa demostración sobre Borisow mucho más de lo necesario. Al siguiente día de decisión tan admirable, se retiró Víctor con el corazón contristado.

Y á todo esto era forzoso andar, y andar sin perder un minuto, para llegar por Zembín, Pletchenitz, Iliá, Molodeczno, al camino de Wilna, donde se entraba al estar en el postrer punto.

Desde el sitio por donde se había pasado el Berezina

hasta Molodeczno se dilataba una región donde los caminos, contruidos por entre selvas pantanosas, se formaban ora por lechos de faginas ó por puentes de muchos centenares de toesas. Tres puentes había de esta clase entre el Berezina y Pletchenitz, y allí pudieran detener los rusos al ejército entero si los hubieran incendiado. Una vanguardia de cosacos, apoyada por alguna caballería regular, tenían en Pletchenitz á las órdenes del general ruso Landskoi. Por fortuna esta vanguardia nada hizo de lo que hacer pudo. Ocupada se hallaba en asediar dentro de una granja de Pletchenitz al mariscal Oudinot gravemente herido, y no teniendo en su compañía más de unos cincuenta hombres, que escoltaban á algunos oficiales heridos también el día 28. En unión de los que le rodeaban y sin poderse tener apenas en pie, se defendía el mariscal intrépido contra numerosos asaltadores, y sirviéndose él mismo de sus pistolas, disparábalas por entre algunas rendijas practicadas en las paredes de su choza. Al llegar el ejército le libertó á él y á sus compañeros de infortunio, ahuyentando á los cosacos.

Merced á esta incuria de la vanguardia rusa, todo el ejército pudo cruzar sin tropiezo los largos puentes del camino de Zembín y Molodeczno, y llegar sin contratiempo á paraje donde ya estaban transpuestos los más difíciles pasos. Habiendo reemplazado el mariscal Ney al mariscal Oudinot en el mando del segundo cuerpo, encontró allí un lugarteniente digno de su persona, el general Maisón, que le igualaba en buena salud, en buen humor, en bazarria, y juntaba una rara sagacidad militar á todas las prendas de soldado. De resultas de ser herido el general Legrand, jefe de una de las divisiones francesas del segundo cuerpo, reunía el general Maisón bajo su mano los tres mil hombres restantes de este cuerpo de tropas, que ascendía á treinta y nueve mil á la abertura de la campaña. Ney y Maisón se entendían perfectamente. Deteniéndose en Zembín cubrieron los puentes de faginas, y prendieronlas fuego cuando asomó la caballería contraria, y así ésta no encontró para pasar más que montones de ardientes cenizas sobre el hielo medio derretido de los pantanos.

Hasta el día siguiente 30 no llegó á Pletchenitz la retaguardia; allí fué acometida por el general Platow, que dirigía la persecución. Un espantoso tropel se produjo á la entrada de la aldea, y durante un momento el mariscal Ney y el general Maisón se hallaron en la imposibilidad de moverse y de hacer que jugara su artillería. Desembarazados al cabo, no encontraron más que unos mil hombres en las filas, habiéndose dejado desordenar los otros por la muchedumbre de desbandados. El frío, que había aflojado un momento antes del paso del Berezina, volvió á ser agudo, y de 10 á 11 grados bajó el termómetro de Reaumur á 18, 19 y 20. A proporción aumentaron los padecimientos, y casi no se podían tener en pie los hombres. Además, la vista de los heridos, á quienes ya no se pensaba en recoger ni por asomo, tampoco era adecuada para estimular á los combatientes, y no había por qué extrañar que se aprovecharan de un instante de confusión para librarse de uua carga que no pesaba más que sobre los últimos que se quedaban en rededor de la bandera. No por esto se amilanaron el mariscal Ney y el general Maisón, antes bien hicieron cara al enemigo, y ayudados por mil dos-

cientos ó mil quinientos polacos, llegados á la sazón, consiguieron repeler á los rusos.

Gracias á este enérgico esfuerzo, se libraron de la caballería enemiga por dos ó tres días; pero aún se iba acrecentando la pérdida de hombres, á causa de llegar el frío á 24 grados. Cubiertos se hallaban los vivaques de los que se dormían para no despertarse nunca, ó se despertaban con los miembros helados, y reducidos á la imposibilidad de emprender la marcha, eran despojados por los rusos, y abandonados en cueros sobre la tierra helada.

Llegado había el 4 de diciembre la cabeza del ejército á Smorgoni y la cola á Molodeczno. Aquí trabóse un violento y terrible combate entre los rusos y la retaguardia mandada por Ney y Maisón. A la caballería de Platow se había unido la división de Tchapliz. No tenían Maisón y Ney más que seiscientos ó setecientos hombres, pero conservaban un resto bastante considerable de la artillería del segundo cuerpo arrastrada hasta allí y de la cual no era de esperar que siguiera más largo tiempo, visto el estado de los caballos. Por tanto resolvieron Ney y Maisón consumir en este punto sus postreras municiones, y hacer una espantosa inmolación de rusos en venganza de nuestras pérdidas cotidianas. De metralla acribillaron á la caballería de Platow y á la infantería de Tchaplitz, y les detuvieron largo rato delante de Molodeczno. El mariscal Víctor, que había precedido á Ney y á Maisón en este punto, y se hallaba allí con los cuatro mil hombres que aún quedaban del nono cuerpo, se les unió y ayudóles á repeler á los rusos. Estos experimentaron una pérdida considerable, sin quitarnos más que hombres aislados, que desgraciadamente recogían todos los días á centenares. Aún nos proporcionó este postrer combate algunos días de respiro.

Llegados allí Ney y Maisón únicamente con cuatrocientos ó quinientos hombres, ya no podían bastar para el servicio de la retaguardia. Encargósele al mariscal Víctor, con los bávaros del general de Wrede, que, después de una separación larga, se incorporaban al cabo, mermados ya en mucha parte de los cuatro mil reclutas recibidos el mes precedente.

Hallándose Napoleón en Smorgoni, y creyendo que por su honor había hecho lo bastante con permanecer entre el ejército hasta el punto en que ya no tenía que temer las horcas caudinas, resolvió al fin ejecutar el proyecto que meditaba ya hacía muchos días, sin haberse franqueado más que con Mr. Daru verbalmente y con Mr. de Basano por escrito. Este proyecto, muy sujeto á cuestión, consistía en tomar la vuelta de París desde luego. Siempre aplicado con firmeza Mr. Daru á sus deberes, sin hacer gala de virtud por mover á desagrado, pero considerando obligación suya decir la verdad cuando era provechosa, sostuvo ante Napoleón que el ejército era perdido, si le abandonaba. Mr. de Basano, que no sentía el mismo estímulo de sus peligros personales para opinar como lo hizo, pues no se hallaba en las filas de las tropas, contrajo el mérito relevante para la situación de entonces de escribir á Napoleón una larga carta, aconsejándole que se quedara. Le decía que la conspiración de Malet no había producido emoción alguna en Francia; que los ánimos estaban más sumisos que nunca (aserción verdadera, si se trataba de la sumisión material); que desde Wilna sería tan obe-

decido como desde las mismas Tullerías; que, por el contrario, sin su presencia el ejército acabaría de disolverse, y esta disolución completa sería la mayor de las calamidades que pudiera terminar la campaña. Como postrer motivo alegaba Mr. de Basano al emperador que su presencia al frente de sus tropas contendría á Alemania y la impediría lanzarse sobre las reliquias de nuestra hueste. Ninguna de estas razones hizo á Napoleón fuerza, y aún algunas le produjeron efecto contrario al que se propuso Mr. de Basano.

Napoleón creía al ejército más próximo á su disolución de lo que se decidía á confesar, aún dirigiéndose á Mr. de Bassano: considerando, pues, el mal como ya casi consumado, no se fijaba más que en el peligro de verse con unos pocos soldados extenuados, incapaces de resistencia alguna, á cuatrocientas leguas de la frontera francesa, teniendo á sus espaldas á los alemanes muy inclinados á la rebeldía. Y se preguntaba qué sería del imperio, si los alemanes se llegaban á hacer la reflexión muy sencilla de que impidiéndole volver á Francia, destruían su poderío con su persona, y si, después de hecha la reflexión ésta, se alzaban á sus espaldas para cerrarle el camino del Rhin y cerrárselo á las reliquias de sus tropas. Todo estaba perdido entonces, y la guerra terminaría muy en breve con su cautiverio. Ahora bien, se restituye la libertad á un príncipe como Francisco I que, para sucederle, tiene un heredero no contrariado; pero cuando se destrona á un hombre, por grande que sea, elevado por los azares de las revoluciones á un trono, donde no había nacido y donde no está acostumbrado á verle el mundo, en vez de un sucesor universalmente reconocido, tiene competidores á quienes el voto público llama á menudo, y cuya popularidad ha labrado con sus propias faltas. Exagerándose Napoleón esta clase de peligro con la vivacidad de percepción que le era peculiar, estaba impaciente por abandonar su ejército, y sobre todo, desde que, pasado milagrosamente el Berezina, no le retenía un deber de honor imperioso á la cabeza de sus soldados. Recelaba que su desastre, desconocido todavía, llegándose á revelar de pronto, causara en los ánimos tal conmoción que imposibilitara su vuelta, hallando levantados mil brazos en su camino para detenerle. Por tanto, antes de que se conocieran las desventuras que le habían caído encima, ó mientras se empleara el tiempo en creerlas, deseaba ponerse en salvo con cuatro hombres seguros, Caulaincourt, Lobau, Daru, Lefebvre Desnoettes, cruzar la Polonia en trineo, la Alemania en posta, una y otra muy á las calladas, y llegar á las Tullerías antes de ser esperado allí ni aun por su esposa. Cuando Europa supiera su desastre, y al mismo tiempo su vuelta á la capital de Francia, ya reflexionaría antes de sublevarse, y en todo caso le hallaría al frente de las fuerzas considerables que aún le quedaban al imperio, y podría pagar muy caro el alborozo de un instante.

Sin duda había poderosísimas razones para pensar de este modo, y bastantes para que haya que dejar á la turba de los partidos el cuidado de calificar de deserción esta partida del ejército. Sin embargo, había algunas otras que tomar en consideración y contrarias á éstas, las cuales, sin igualarlas acaso, tenían su valor, á pesar de todo. Con el tesón de Massena ó la flemma de Moreau fuera posible sacar de aquella situación algunos

recursos, y hallar al fin un límite donde contener á los rusos y allegar las reliquias de las tropas. Con efecto, incluyendo la guardia y los cuerpos de Davout y de Víctor, aún había doce mil hombres capaces de manejar el fusil, seguidos por cerca de cuarenta mil rezagados, capaces de tornar á ser soldados tan luego como en alguna parte se les proporcionaran víveres, techos, descanso, seguridad. Siempre transcurrirían uno ó dos meses antes de que estos desbandados volvieran á ser soldados. Pero entretanto los doce mil, que habían conservado sus armas, iban á conservar entre Molodeczno y Wilna á de Wrede con seis mil bávaros, en la misma Wilna á Loíson con nueve mil franceses, á Franceschi y Coutard con dos brigadas de siete á ocho mil polacos y alemanes, y fuera de estos cuerpos organizados, algunos escuadrones y batallones de marcha, elevándose á cuatro mil hombres, además de seis mil lituanos, esto es, treinta y tres mil hombres que, unidos á los restos del grande ejército, podían oponer cierta resistencia al enemigo, pues no serían menos de cuarenta y cinco mil combatientes reunidos y bien armados. A la derecha estaba Schwartzberg con veinticinco mil austriacos, Reynier con quince mil franceses y sajones excelentes, esto es, cuarenta mil hombres, que no dejarían de llegar luego que se les comunicara la orden de avance. Por último á la izquierda estaba Macdonald con diez mil prusianos, que no se atreverían á abandonar el ejército francés sino cuando se abandonara á sí propio, y seis mil polacos á cubierto de toda seducción enemiga. Posible era, pues, tener aún en Wilna cuarenta y cinco mil hombres, siempre que no se les enviara á morir por los caminos para que fueran delante del grande ejército; además cuarenta mil á la derecha de Wilna, y quince mil á la izquierda, que para acudir á la cita común sólo necesitaban de ocho á diez días: detrás la división de Huedelet, del cuerpo de Augereau, llegaba fuerte con quince mil franceses; otra quedaba á Augereau de igual número, además muchas tropas de marcha, y por último el cuerpo de Grenier, que acababa de pasar los Alpes con diez y ocho mil hombres de las antiguas tropas de Italia. De consiguiente Augereau podía mantenerse firme en Berlín con treinta mil hombres, Heudelet llenar con quince mil la distancia entre esta capital y Wilna, y Napoleón juntar cien mil en torno de este punto, y allí mismo la mitad de ellos (1). No tenían más gente los rusos. A Kutusoff le quedaban cerca de cincuenta mil hombres, veinte mil á Wittgenstein, y los mismos á Tchitchakoff poco más ó menos.

Sacken, después de los desgraciados combates que acababa de sostener contra Schwartzberg y Reynier, como se verá pronto, no tenía más que diez mil hombres sobre las armas. Este total presentaba cien mil hombres á lo sumo, excelentes sin duda, pero no mejores que los de Napoleón por cierto, ni mucho más concentrados, pues apenas Wittgenstein, Tchitchakoff y la vanguardia de Kutusoff hubieran podido juntar cua-

(1) Más bien reduzco que exagero estos guarismos, y los tomo de la misma correspondencia de Mr. de Basano, que todos los días enviaba á Napoleón el estado de las tropas que pasaban por Wilna. De la correspondencia de Schwartzberg y Reynier tomo el guarismo de las fuerzas de estos generales, quienes, excusándose de continuo de no obtener mayores resultados, no habían de exagerar los medios de que se les acusaba de no hacer el uso suficiente.

renta mil hombres delante de Wilna, y allí Napoleón estaba en aptitud de tener le menos otros tantos. Supóngase una batalla ganada delante de Wilna, y que bajo la influencia de triunfo semejante, se hiciera ingresar á treinta ó cuarenta mil rezagados en las filas; y así se reconstituyera un verdadero ejército, capaz de detener á los rusos, de aguardar los socorros procedentes de Francia, y de sacar grandes recursos de Polonia. Aunque hubiera que retroceder hacia el Vístula más tarde para acercarse á los propios socorros, para disminuir el inconveniente de las distancias, para aumentarlo en desventaja de los rusos, se habría retrogradado con cien mil hombres, teniendo bajo los pies la Alemania contenida, en rededor la Polonia armada, y detrás las cohortes viniendo de Francia. Volviendo así Napoleón á apoderarse de la victoria en medio de su desastre, lograra tanto en Wilna como en París ser obedecido de todos.

Pan había en Wilna para veinte ó treinta días, diez mil bueyes que llegaban de todos los puntos de la Lituania, y muchas bebidas espirituosas. En Kowno había almacenes considerables de vestuario y de municiones de boca y guerra. Finalmente, los renteros polacos suministraran los granos y las harinas que las requisiciones de la autoridad militar habían reunido en sus casas, y que no se habían podido sacar de allí por falta de transportes. Ahora se iba á suplir á esta necesidad con los trineos. De consiguiente se pudiera vivir en Wilna, y retrogradando sobre el Niemen en todo caso, por dinero proporcionara la vieja Prusia cuanto hiciera falta (2).

No abandonando el ejército á la deserción creciente que se propagaba por sus filas, aún era posible formar una fuerza respetable con los restos de la muchedumbre sacada de Polonia en el precedente mes de junio, y volver á empezar con ciertas eventualidades de buen éxito una lucha, que esta vez se había hecho necesaria. Para esto fuera menester menos de aquella previsión política de que Napoleón tuvo tan poca antes de empezar esta guerra, y de que la tuvo tan excesiva cuando esta guerra le salió en contra.

Sin embargo, en este grave asunto se podría sostener el sí y el no con igual fundamento, y para propender al partido que consideramos como sostenible, se necesitara el impulso de un sentimiento moral que llevara hasta preferir la pérdida del trono al desamparo de un ejército, al cual se había arrastrado á un desastre. Si no existiera más peligro que el de la vida (y no existía realmente), Napoleón era hartamente buen soldado para que vacilara en correrlo con un ejército comprometido por su causa; pero quedar destronado, y peor todavía, prisionero de los alemanes, era una perspectiva que no pudo contemplar sereno, y así tomó la resolución de partir en el mismo instante.

Necesitaba de quien le reemplazara y después de pensarlo, sólo halló uno con bastante renombre y elevación de categoría para que se le obedeciese, y era el rey de Nápoles. Eugenio brillaba por más prudente y más constante, y en aquellos días nefastos se había granjeado la alta estimación de todos los hombres de bien de la hueste, pero era capaz de obedecer á Murat, al par que Murat no era capaz de obedecerle.

(2) Estas aserciones se fundan en la correspondencia de Mr. de Basano.

Entre los mariscales, Ney, aun habiéndose cubierto de gloria, no tenía la autoridad necesaria, y Davout la había perdido desde que Napoleón dió la señal de denigramiento respecto de su persona. Dejando el mayor general Berthier á Murat, esperaba Napoleón poner á su lado un consejero sensato, laborioso, y en estado de contenerle y de suplir su ignorancia de los pormenores. Por desgracia el mayor general estaba completamente desmoralizado, y su salud arruinada del todo. Los males que acababa de padecer habían destruído su cuerpo y alterado su alta razón profundamente. Con Napoleón quería partir, y para obligarle á que se quedara hubo que usar de un lenguaje duro por extremo. Resignóse con su docilidad de costumbre, pero con violenta pena, porque su raro buen juicio no le permitía entrever más que nuevos y más horribles desastres, luego que Napoleón se ausentara.

Por la noche del 5 de diciembre juntó Napoleón en Smorgoni, adonde había llegado, á Murat, á Eugenio, á Berthier, á sus mariscales, y puso en noticia de ellos su determinación, que les produjo sorpresa y les afectó sensiblemente, si bien no se atrevieron á desaprobarla, temiendo aún á su soberano vencido, y hallando además muy poderosas las razones que alegaba, pues les decía que dentro de dos meses les traería trescientos mil hombres de refuerzo, y que sólo de Francia podía sacar tales socorros. Por otra parte estuvo más cariñoso que de costumbre, dirigió palabras afectuosas á todos, hasta al mariscal Davout á quien había maltratado en tan gran manera durante esta campaña, y así procuró conquistar con halagos una aprobación que recelaba no alcanzar con las buenas razones que podía aducir en su apoyo. Lisonjeóles hasta el punto de acusarse á sí propio, diciendo que todos habían cometido faltas, así él como los demás; que se había quedado en Moscou mucho tiempo, seducido por la prolongación de la buena estación y por el deseo de la paz: que en realidad la causa de los desastres recién sufridos, emanaba de la precocidad y del rigor del invierno; que esto era más bien una desdicha que una falta, y á mayor abundamiento convenía ser indulgentes unos respecto de otros, sostenerse, amarse y cobrar confianza; que pronto volvería á aparecer en medio de ellos á la cabeza de un ejército formidable, y que entretanto les recomendaba que se ayudaran unos á otros y obedecieran á Murat fielmente. Terminados estos discursos, los estrechó en sus brazos, cosa que quizá no había acontecido nunca, y metiéndose en un trineo, seguido de Mr. de Caulaincourt, del mariscal Duroc, del conde Lobau y del general Lefebvre Desnoettes, partió á media noche, dejando á sus lugartenientes sumisos y casi convencidos, bien que conternados en el fondo y sin esperanzas.

Hasta el día siguiente se debía observar el mayor secreto, con el fin de que no le precediera por los lugares del tránsito ningún susurro de su partida, pues iba con el incógnito más riguroso. Antes de emprender la marcha redactó el boletín 29.º, después tan famoso, en el cual, hablando por vez primera de la retirada, confesaba la parte de nuestros infortunios que no se podía negar absolutamente, los achacaba al invierno, y daba realce á la parte historial de sus reveses con la excelente é inmortal escena del paso del Berezina.

Grande fué la estupefacción cuando se supo en el

ejército la partida de Napoleón al día siguiente 6 de diciembre, pues con él se desvanecía la última esperanza. Sin embargo, sólo en la mente de los hombres capaces de reflexionar produjo sensación la noticia, y para con éstos abogaban muchas razones en favor de la resolución que por Napoleón acababa de ser tomada. Respecto de la masa, tan amortiguado tenía el sentimiento que la impresión no fué la que hubiera sido en cualesquiera otras circunstancias. Siguióse, pues, andando maquinalmente hacia adelante, deseando llegar á Wilna, á la manera que un mes antes se deseaba llegar á Esmolensko. En Wilna se esperaba hallar comestibles, de que á la verdad no se carecía tanto desde la entrada en Lituania, y sobre todo abrigo, descanso y tropas organizadas para atajar la persecución de los rusos. Pero cada día se exacerbaban los sufrimientos de esta marcha. Al salir de Molodeczno se hizo aún el frío más riguroso, y el termómetro bajó á 30 grados de Reaumur. Hasta en cuerpos sanos se interrumpiera la vida, mucho más en cuerpos extenuados por la fatiga y las privaciones. Casi todos los caballos habían muerto, y á centenares caían los hombres muertos por los caminos.

Andando iban apretados unos á otros, en muchedumbre armada ó desarmada, con silencio estupefacto, con honda tristeza, no diciendo palabra, no mirando cosa alguna, siguiéndose unos á otros, y siguiendo todos á la vanguardia, que seguía el camino real de Wilna indicado por todas partes. Según se marchaba, operando el frío sobre los más débiles, primero les privaba de la vista, después del oído, muy luego del conocimiento, y por último, en el momento de expirar, de la fuerza para moverse. Sólo entonces caían sobre el camino, pisados por los que iban detrás como si fueran cadáveres desconocidos. Los más fuertes de hoy eran á su turno los más débiles de mañana, y cada día se llevaba nuevas generaciones de víctimas.

Por la noche en el vivaque morían de otra causa, y era de la acción del calor mal regulada. Ansiosos por calentarse, la mayor parte de ellos presentaban al ardor de las llamas sus heladas extremidades. Siendo el efecto común del calor descomponer los cuerpos que el principio vital ya no defiende, desde luego se declaraba la gangrena en los pies, en las manos y aun en el rostro de aquellos, á quienes su excesiva impaciencia por arrojarse al fuego no les permitía precaución alguna. Sólo se salvaban los que por virtud de una marcha continua, de algunos alimentos moderadamente tomados, de algunas bebidas espirituosas ó calientes, mantenían la circulación de la sangre, ó que, sintiendo una extremidad paralizada, la frotaban con nieve hasta volverla á la vida. Los que descuidaban esto, se hallaban paralizados por la mañana al abandonar el vivaque, ó del cuerpo todo ó de algún miembro atacado súbitamente de gangrena. Otros, al parecer más favorecidos, morían en medio de una buena fortuna inesperada. Si, por ejemplo, hallaban una granja para pasar la noche, allí encendían grandes hogueras, se entregaban al sueño, dejaban que el incendio cundiese, y no despertaban sino cuando se les desplomaba encima el techo cubierto de llamas. Porción de muertos se contaron por este extraño accidente, el menos esperado sin duda.

A esta muchedumbre de víctimas llegaron á añadirse

inutilísimamente otras, que sucumbieron todavía más pronto que aquéllas, cuya suerte lamentable acaba de ser referida. Al partir Napoleón no dejó más que instrucciones vagas por extremo, tan preocupado se hallaba de los desastres padecidos y de los que le seguían amenazando. Recomendado había que al llegar á Wilna se juntasen las tropas, se las alimentase, se las armara de nuevo, se las concentrara, y se replegasen de seguida hacia el Niemen, si junto al Wilna no se podían hacer firmes. Por desgracia nada había prescrito respecto de los veinticinco mil hombres, ó cerca de ellos, que estaban en Wilna, y cuya conservación dependía del cuidado que se dedicara á no moverlos sin necesidad de aquel punto.

Sabiendo Mr. de Basano y el gobernador de la Lituania que el grande ejército venía vivamente perseguido por los rusos, no habiendo sobre todo experimentado en lo que podía venir á parar una tropa al cabo de cuatro ó cinco días de marcha con el tiempo que hacía, llevados de la intención más sana, enviaron á Smorgoni lo mejor que se hallaba en Wilna, especialmente la división francesa de Loison, las brigadas de Coutard y de Franceschi, la caballería napolitana y la caballería de marcha. Todos eran jóvenes y muy capaces de batirse á maravilla, según lo había acreditado recientemente la división de Durute, enviada al general Reynier, pero incapaces de soportar cuarenta y ocho horas los padecimientos que agobiaban ya hacía dos meses á los infelices vultuos de Moscou. Saliendo de los cuarteles con un calor de 14 á 15º, y pasando á un frío de treinta, los más enfermaron y perecieron de allí á pocos días.

Habiendo salido el ejército de Molodeczno, halló á los unos en Smorgoni, á los otros en Ochmiana, bien vestidos, bien alimentados, y muertos de súbito pasmo á pesar de todo.

Movióse á lástima, sin embargo, de la insensibilidad en que había caído. Cinco ó seis días bastaron para que murieran ocho ó diez mil de estos recién llegados. Sobre todo los napolitanos, traídos de tan lejos para hacer bajo el cielo de Rusia el aprendizaje de las armas, sucumbieron á lo repentino de tamaña prueba. Los menos mal parados sólo perdieron sus caballos. De esta suerte se empezaron á disipar sin ningún provecho los últimos recursos, que se pudieran emplear en detener al enemigo y reorganizar la hueste.

Finalmente, á fuerza de andar, de padecer, de sembrar la tierra de muertos, aquella masa desolada, macilenta, enflaquecida, cubierta de andrajos, llevando encima de sus uniformes los más singulares vestidos que pueden imaginarse, pieles cogidas en Moscou y para uso de hombres y de mujeres, telas de seda sucias y quemadas, coberturas de caballos, y en suma todos los objetos que había podido apropiarse, llegó el 9 de diciembre á las puertas de Wilna. Para aquellos corazones, que ya á todas las impresiones parecían insensibles, fué esto ocasión del postrer sentimiento de gozo.— ¡Wilna, Wilna!—Semejaba que el reposo, la abundancia, la seguridad, y en fin la existencia, se iban á hallar de nuevo en aquella feliz capital de la Lituania, donde, según se anunciaba y se repetía con fruición, había acumulado la previsión de Napoleón inmensos recursos. Ciertamente no había tantos como se suponía, pero sí

más de los que hacían falta para cubrir las primeras necesidades de las tropas, y darlas fuerza para llegar al Niemen. Olvidando la muchedumbre, á la vista de los muros de la ciudad, que la puerta más ancha sería un desfiladero muy angosto para tantos hombres como anhelaban entrar al mismo tiempo, y sobre todo para la masa de bagajes, que se conservaban todavía, no pensó más que en dar vuelta á aquellos muros, para penetrar allí por muchas partes. Maquinalmente se seguía la cabeza de la columna, y muy luego se aglomeraron junto á la puerta que mira hacia Esmolensko, y se ahogaron y golpearon y mataron como en los puentes del Berezina. Durante veinticuatro horas hubo la misma apretura, la misma dificultad de entrar, á causa del extremo anhelo de hacerlo pronto. Muy luego los esfuerzos de la autoridad por restablecer el orden en los cuerpos de tropas, dieron margen al mismo desorden que en Esmolensko. Se quería pan, carne, vino, abrigo sobre todo, y nadie estaba de humor de que se le despidiera por empleados de la administración militar á un regimiento que ya no existía, y del cual ya no quedaban más que oficiales marchando juntos en rededor del abanderado, que á menudo había también doblado la bandera y guardádola en su saco para salvarse. De nuevo se precipitaron sobre los almacenes para saquearlos. Encontrando los soldados que llevaban algo de dinero, cafés, tabernas, posadas, almacenes de todas clases en una población amiga, que no había huído, se agolparon á comprar lo que les hacía falta, asustaron con sus gritos á los que podían suministrarlo, hicieron que se cerraran todas aquellas casas donde pudieran hallar con que vivir, y viéndolas cerradas á pesar de no querer cosa alguna más que por su dinero, echaron las puertas abajo. Al poco tiempo Wilna fué una ciudad saqueada. Si de antemano no se conservaran tropas, á fin de mantener el orden bajo el mando de un jefe previsor y firme, si previamente se pusieran en puntos accesibles de una manera cómoda viveres para los más impacientes, esta confusión se evitara. Pero, ausente Napoleón, nadie mandaba y nadie obedecía. Murat no era más capaz de lo uno que de lo otro.

Sucesivamente llegó el ejército el 8 y el 9 de diciembre. Muy necesarios eran algunos días de reposo á nuestros soldados extenuados, y fácil fuera proporcionárselos, de no haberse expuesto á perecer inútilmente por los caminos á las tropas frescas que ocupaban á Wilna, y sobre todo de hacerse llegar al príncipe de Schwartzenberg y al general Reynier órdenes que estaban en actitud y en disposición de poner en planta. Con efecto, el príncipe de Schwartzenberg, después de haber recibido cinco ó seis mil hombres de refuerzo, había vuelto á Slonim, y el general Reynier había avanzado hacia el Narew, para alargar la mano á la división de Durutte, que llegaba de Varsovia. Este último había encontrado en su camino al general ruso Sacken, le atrajo á sí y le hizo experimentar una sangrienta derrota. Advertido el príncipe de Schwartzenberg á tiempo, cayó sobre el flanco de Sacken, le asaltó á su vez, y cooperó á repelele en desorden hacia la Volhynia. Estos triunfos, que costaron á Sacken de siete á ocho mil hombres, tuvieron el inconveniente de ser alcanzados á bastante distancia del Berezina y del punto decisivo de la campaña; pero tuvieron la ventaja de inutilizar á Sacken por largo